



ASAMBLEA DE LOS ELEMENTOS



(APÓLOGO.)

Los elementos se congregaron un día para discutir y examinar cuál de ellos presentaba mejores títulos á la consideracion de la humanidad.

El lugar de la conferencia era un lindo valle encerrado en un círculo de pintorescas montañas y recorrido por un caudaloso riachuelo que serpenteando iba á perderse en lontananza.

Abierta la sesion, el *Aire* tomó la palabra é hizo valer sus derechos con la siguiente arenga:

—«Compañeros, gritó con voz sonora, me creo suficientemente autorizado, por mis ocupaciones, que no me permiten descanso, para hablar el primero en esta noble asamblea y voy á procurar ser breve en la defensa de mi causa.

»Es incontestable que si alguno pretende obtener el homenaje del hombre, este pretendiente sea un servidor vuestro, porque no solamente le soy necesario, sino indispensable para su existencia. Sin mí no podría respirar, y el día que cansado de sus muchas ingratitudes adoptase el partido de abandonarle, moriría instantáneamente, víctima de mi desercion.

»Y no es este el único servicio que me es dado prestarle; todos los bienes que disfruta sobre la tierra me los debe. Sin mí el mundo vegetal no subsistiría, las plantas perderían su color, las flores su brillo y perfume, los animales participarían de la suerte del resto de la creación y la tierra se convertiría en un horrible desierto.

»Si, pues, tan imprescindible me considero á la conservación del hombre y los bienes terrestres de que goza, ¿qué obligaciones le corresponderán para conmigo y qué honores deberá rendirme á cambio de los innumerables beneficios que le proporciono?»

Calló el *Aire*, y un murmullo aprobador resonó por todos los ámbitos del valle, mientras que su hijo mayor el *Viento* hacia en alta voz el elogio de su padre.

Cuando se hubo restablecido el silencio, otro personaje, no menos invisible que el primero, pero cuya presencia se dejaba sentir, se adelantó á su vez: era el *Calor*, hijo del *Fuego*.

—«Por mi parte, dijo, me tengo por tan necesario á la humanidad como el compañero que elocuentemente acaba de precederme en el uso de la palabra. Suprimidme, y el resultado de mi ausencia será la terrible desolación que con horribles colores os han pintado hace un momento. El riachuelo que veis correr ahí á vuestros piés, se convertiría en una masa de hielo inmóvil é impenetrable; la inmensidad del Océano se helaría hasta en lo más profundo y todos sus habitantes perecerían en aquella enorme tumba de cristal.

»Las flores, los árboles, los pájaros, los animales y el mismo hombre, tan fiero de su superioridad, sufrirían inmediatamente las mortales consecuencias de mi desaparición, y el mundo no sería más que una masa inerte expuesta á los rigores de un perpétuo invierno.

»Quien guste ver la alegre primavera, desterrando los días sombríos, sembrar el campo de espléndida verdura, cubrir los bosques de profunda sombra y llenar de corriente y cristalina agua el cáuce de los helados arroyuelos; quien disfrute contemplando la madurez de las verdes mieses y admira los variados tonos de las hojas del otoño, oye estático el canto del rudo labrador y sabe que las espigas cargadas de grano se amontonan en los graneros del pobre campesino, mientras que en la tierra los frutos desgajan con su peso las ramas de los árboles, á la vista de tanta felicidad; ¿me negará la participación que en ella he tenido y dejará de reconocer mis condiciones para ser preferido?»

El *Calor* cesó de hablar y muestras del mayor asentimiento salieron de todos los rincones de la asamblea. Aún no había terminado el entusiasmo promovido, cuando un nuevo elemento, el *agua*, se presenta y dice:

—«Mi estimado colega se ha apresurado á indicar el estado de inmovilidad é inutilidad á que me veria forzado sin su cooperacion; ha tratado tambien de demostrar hasta qué punto todos los séres, incluso el hombre, dependen de su existencia y su poder.

»En lo que á mí concierne, me ocurre preguntar á mi honorable compadre si no me debe tanto como yo á él. Convengo en que sin su ayuda no serviria para nada; pero y él sin mi apoyo, ¿que resultaria? Un agente Perjudicial é intolerable. Habrá muchísimos en esta reunion que recuerden alguno de esos veranos abrasadores durante los que mi compañero ejerció á sus anchas su influencia y yo permanecí oculto. ¿Que sucedio? Que la tierra quedó seca y árida, todas las plantas perecieron, y el hombre hubiera sufrido la misma suerte sin mi oportuno auxilio; pues compadecido, acudí en forma de lluvia á salvarlo. ¡Quereis saber, señores, el estado en que se hallaria la humanidad si se la privara del agua? No me parece necesario deciroslo, bien os lo supondreis; sin embargo, recordad al náufrago en mitad del Océano sin limites, refugiado en una isla desierta, ahogándose bajo la perniciosa influencia de mi colega y suspirando en vano por una gota de agua dulce para refrescar sus secas fauces; al viajero perdido entre las abrasadoras arenas del desierto africano, luchando en horrible agonía porque yo no estoy á su lado para apagar la sed que le devora; no le faltan los dos elementos que acaban de hablar, mas sufre y muere á causa de mi ausencia, entretanto que la presencia de los dos compañeros citados aumenta sus sufrimientos.

»Convencéos, pues, de que nadie tiene mayores títulos que yo á la consideracion del hombre y la naturaleza, y espero que me demostréis con vuestros sufragios la gratitud debida á tal número de beneficios!»

La voz del *agua* se extinguió en dulce murmullo ínterin los concurrentes aplaudian su discurso.

La luz, que no había desperdiciado ninguna de las palabras ni razones alegadas por sus colegas y manifestaba deseos de aclarar algun punto del debate, se levantó y expresó así:

—«Podiera á mi vez, á semejanza de los oradores que me han

precedido, elogiar cuantas utilidades he proporcionado á la humanidad y describir con oscuros colores la catástrofe que en el mundo ocasionaría mi desaparicion; pero no lo hare por la sencilla razon de que no somos nosotros, oidlo bien, señores elementos, los que nos hemos creado ni dirigimos nuestra voluntad, y que por consiguiente todo el bien alardeado, del que nosotros no somos más que meros instrumentos, proviene de la infinita misericordia de nuestro Señor y maestro, el Creador de todas las cosas!

A él solo debemos, tanto el hombre como nosotros, rendirle homenaje y adoracion!»

Enmudecióse la luz, ningun otro congregado quiso continuar hablando y la asamblea se disolvió en medio del mayor silencio.

ALFREDO DE LAFFITTE.

¡¡O JESÚS,... BIYOTZA!!

(ANTONIO ARZÁC NERE ADISKIDE MAITEARI).

SEIKOAK.

̄ O nere *Jesus*, maite maitea!
 ̄ esus Izenik onena!
 ̄ ziñ oberik, nola Jainkozko
 ̄ uba dariyon Izena....
 ̄ sai zerukoz lurrutaten dago
 ̄ antu guzien barrena.

̄ Ozer eztiya, *Biotz* -zurean
 ̄ esus, gordeta dagona!
 ̄ zin diteke *Biotz* oberik
 ̄ utzeko amorez gizona...
 ̄ rtu gaitezen zu maitatutzen
 ̄ utu ezazu gerona.

JOSÉ IGNAZIO ARANA-KOAK.
